

dogma y examinar los deberes que nos impone, todo con el fin de amarlo más y más, adherirnos á él de todo corazón y tomarlo por base de nuestras creencias y guía de nuestras acciones. ¡Bendito sea el día en que del cielo descendió á la tierra aquel torrente de luz que iluminó á tantas almas sumergidas en las sombras de la superstición y del escepticismo! Un rayo de esa luz ha llegado felizmente hasta nosotros al cabo de diecinueve siglos: recojámoslo, guardémoslo con amor para no extraviarnos en el camino de la felicidad, escabroso y oscuro. La luz del dogma nos conducirá al reino de la luz eterna, de aquella que irradia en la frente de los bienaventurados.

## SEXTA CONFERENCIA.

### La Moral.

Non veni solvere (legem), sed adimplere.  
Matth. 5, 17.

1. No hay compañeras más unidas, más inseparables, que la religión y la moral. Dijérase que eran dos hermanas gemelas, ó más bien, madre é hija que no saben estar la una sin la otra. Así lo vemos en la historia de todos los pueblos, y es vano empeño querer arrancar de los brazos de la religión la moral y darle otro origen, como se ha pretendido hacer en nuestros tiempos, queriendo fundar la llamada moral independiente. Y es porque no hay religión, verdadera ó falsa, que no se crea con derecho, con deber de dirigir al hombre en su conducta moral, en nombre y con autoridad de Dios. De allí mismo nace la diferencia entre moral y moral, la que emana de la religión verdadera, pura y santa, y la que se deriva de las falsas religiones, extraviada y corrompida. Es un hecho que las costumbres abominables de los paganos de todos los tiempos y naciones han traído su origen de

los inmundos altares de los ídolos, bajando cual cenagosas corrientes de una fuente envenenada y pútrida. El hombre tiende por instinto natural á imitar lo que adora; el culto se refleja en las costumbres públicas y privadas. Cuando aquél se purificó en el mundo, cuando sobre el altar erigido al verdadero Dios, se ofreció la Hostia pura, santa é inmaculada del Calvario, las costumbres adquirieron tal grado de pureza y santidad que hicieron de la tierra un maravilloso trasunto del cielo. ¡Espectáculo hermoso, sorprendente, que ofreció el cristianismo desde los primeros días de su existencia! La transformación moral de la sociedad fué el efecto inmediato, necesario de la transformación religiosa. Si habéis leído con la debida atención las epístolas de los apóstoles á los fieles de las nuevas iglesias, habréis observado al primer golpe de vista la insistencia con que allí se inculcan los preceptos de la moral cristiana, de tal suerte que parece resaltar menos la enseñanza dogmática que la moral. Y en el Evangelio mismo, ¿no es la moral la que llena la mayor parte de sus páginas? ¿no es doctrina moral la que desarrolló el divino Maestro en sus grandes sermones y parábolas? ¡Tan grande es la importancia de la moral en la religión de Jesucristo! Al prudente joven que le preguntaba lo que debía hacer para alcanzar la vida eterna, respondió Jesús: «*Hoc fac, et viues*—Guarda los mandamientos de la ley, y tendrás la vida.»<sup>1</sup>

2. Y es cierto, hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, que de poco ó nada nos aprovecharía creer en todos los artículos del dogma revelado, si no ajustáramos nuestra conducta á la verdad de la fe, siendo fe muerta la que no se manifiesta en las obras<sup>2</sup>. Por lo cual el gran Doctor de la Iglesia San Gregorio hacía la siguiente observación: «Si alguno de los fieles dijera para sí: Yo creo,

<sup>1</sup> Luc. 10, 28.      <sup>2</sup> Jac. 2, 17.

luego seré salvo, bien dice con tal de que pruebe su fe con las buenas obras, porque sólo es fe verdadera aquella que no contradice con la conducta lo que afirma con las palabras.»<sup>1</sup> Y ¿á qué fin nos habría Dios manifestado la verdad si no fuese para hacernos mejores, es decir, más buenos, más virtuosos? ¿Qué es lo que Dios más ama en el hombre sino el corazón? «Del corazón», decía Jesucristo, «brotan las palabras y los pensamientos»<sup>2</sup>; con el corazón es preciso amar á Dios<sup>3</sup>; con el corazón se cree para justificarse<sup>4</sup>; todo, bueno y malo, tiene su raíz en el corazón. Luego á éste conviene enderezar al bien, purificar, perfeccionar. Tal es el objeto de la moral que felizmente profesamos los discípulos de Cristo é hijos de la Iglesia católica. Vamos á considerar en primer lugar cuán grande es su excelencia y perfección, para ver en seguida qué lejos están de ella las costumbres del siglo.

## I.

3. Tomemos por base de nuestro razonamiento una hermosa y profunda sentencia de un elocuentísimo y sabio Prelado católico<sup>5</sup>. «El amor es el que dicta las leyes morales, y el amor es también el que las ejecuta.» Si esto es así ¿qué leyes tan puras y tan perfectas no dictaría un amor como el de Jesucristo, soberano legislador de la humanidad? Sería menester penetrar en el abismo de bondad y caridad del Corazón de Jesús para vislumbrar la excelencia de los preceptos que forman el código de la moral cristiana. Pero también sería necesario que hubiese en el pobre corazón del hombre un amor proporcionado al de Jesús para que la ejecución correspondiese á la perfección de las leyes. Ellas constituyen la verdadera y perfecta *justicia* de que hablaba el mismo Señor cuando

<sup>1</sup> Homil. 29 in Evangel.<sup>2</sup> Matth. 15, 18. 19.<sup>3</sup> Luc. 10, 17.<sup>4</sup> Rom. 10, 10.<sup>5</sup> Mons. Bougaud.

decía á los suyos: «Si vuestra justicia no sobrepujare á la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.»<sup>1</sup> Contienen además la *caridad*, el mandamiento propio, privativo de Jesús: *Hoc est præceptum meum*.<sup>2</sup> Justicia y caridad: he aquí el resumen de toda la moral evangélica. Desarrollemos esta tesis.

4. La justicia, en el idioma sagrado, suele designar no ya solamente una virtud particular que todo el mundo conoce y ama, sino el conjunto de todas las virtudes, la perfección moral llevada hasta las mayores alturas, hasta la santidad. Cristo Jesús, el Santo de los santos, el tipo de la perfección moral, es el *Iusto* por antonomasia. Con este nombre lo designaba el profeta Isaías mirando en lontananza al Salvador: *Prope est iustus meus, salvator meus*<sup>3</sup>; así se precia de llamarse el mismo Dios por Jeremías.<sup>4</sup> San Pedro, reprendiendo á los judíos deicidas, les decía: «Vosotros desconocisteis al Santo, al Justo.»<sup>5</sup> Y el apóstol San Juan anima á los pecadores á esperar el perdón por la mediación de Jesucristo, el Justo.<sup>6</sup> Mas no solo Jesucristo ha llevado la corona de santidad que representa este nombre de justo: gracias á Él la han podido ostentar en su frente otros hombres á quienes la misma Sagrada Escritura ha condecorado con dictado tan glorioso. Básteme citar aquí al varón escogido por el mismo Jesús para darle cargo y honores de padre, al patriarca del nuevo Testamento, José, esposo de la Virgen María, llamado *iusto*, por modo excelentísimo<sup>7</sup>, según el común sentir de los escritores ascéticos. ¡Qué virtud tan poderosa la de la moral cristiana que ha podido hacer justos á tantos hombres, nacidos en la degradación de una naturaleza caída! Porque, en efecto, hermanos carísimos, no es uno solo, no son

<sup>1</sup> Matth. 5, 20<sup>2</sup> Io. 15, 12.<sup>3</sup> Is. 51, 5.<sup>4</sup> Jer. 23, 6.<sup>5</sup> Act. 3, 14.<sup>6</sup> 1 Io. 2, 1.<sup>7</sup> Matth. 1, 19.

pocos, son innumerables los hombres ennoblecidos con el lauro de la santidad; y es porque Jesucristo llama á todos á la perfección, poniéndoles por modelo al Padre celestial<sup>1</sup>. Bien sabían esto los apóstoles cuando exhortaban á los primeros fieles á ser perfectos sin faltar en nada, como escribía Santiago<sup>2</sup>, ó cuando se proponían exhibir al hombre de cualquier estado y condición, revestido de la perfección de Cristo, como decía San Pablo<sup>3</sup>. «¡Cosa admirable y digna de reflexión!» exclama un filósofo cristiano<sup>4</sup>. «El cristianismo produce la santidad en toda la naturaleza del hombre, en todas las edades y condiciones, y á través de todos los obstáculos. Nunca consulta á la naturaleza, tan dueño es de ella. Todo le sirve para hacer un santo: un niño, un guerrero, un sabio, un pastor, un rey, una doncella, un alma pura, un alma criminal, todo se hace en sus manos capaz de santidad.»

5. Y notad, hermanos míos, un carácter peculiar de la justicia ó santidad cristiana, que prueba ser la única justicia verdadera, la *sinceridad*, que excluye toda ostentación é hipocresía farisaica. Nacida del espíritu de Jesucristo, que fué todo pureza y sencillez, aborrece el fausto de la probidad mundana, se oculta cuanto puede á las miradas de los hombres, no se muestra sino para glorificar á Dios, no busca los honores y efímeros aplausos del vulgo, mal apreciador de los quilates de la virtud, no procede, en suma, como los santos del fariseísmo, hipócritas y henchidos de soberbia<sup>5</sup>. Tampoco se limita nuestra moral á regularizar la conducta exterior del hombre, á dar un colorido de bondad á sus acciones externas, á fin de que aparezca virtuoso, correcto en sus procederes sociales, sino que regula y ordena el interior, penetra hasta el corazón, sondea

<sup>1</sup> Matth. 5, 45

<sup>2</sup> Iac. 1, 4.

<sup>3</sup> Col. 1, 28.

<sup>4</sup> Aug. Nicolás, Estud. filos. sobre el Cristianismo. t. III, c. 7.

<sup>5</sup> Matth. 6, 1.

sus llagas para cauterizarlas, purifica y ennoblece los pensamientos y deseos. Así como el corazón es el nido en que se albergan las serpientes de las malas pasiones, así, en manos de la moral cristiana, viene á ser el teatro de las virtudes más heroicas.

6. Pero dejando ya este aspecto general de la justicia, veamos las virtudes particulares que nacen del concepto riguroso de esta virtud cardinal. Ella significa el respeto inviolable á todos los derechos, divinos y humanos, abrazando así casi todo el cuadro de nuestros deberes para con Dios y para con los hombres, y en cierto modo, para con nosotros mismos. ¡Qué cuadro tan magnífico! No hay tanta hermosura en el firmamento tachonado de estrellas, como la hay en el alma del justo adornada de virtudes. No me ocuparé, ni ocuparé vuestra atención en bosquejar este cuadro, que os es bien conocido, y lo habréis mil veces admirado. Para mi objeto, que es demostraros cuán excelente es la moral cristiana, me bastará presentaros algunos rasgos de las virtudes más bellas, más útiles y más características del cristianismo, cada una de las cuales es de mayor valía que todas las piedras preciosas. Mirad por ejemplo la humildad, que es como el cimiento de todo el edificio de la perfección: ¿hay otra más encantadora? Ella atrae las miradas no sólo de los hombres, á quienes subyuga, sino del mismo Dios, como aconteció á la Virgen: *Quia respexit humilitatem ancillæ suæ*<sup>1</sup>. Y, como fruto de esa mirada divina, atrájole la aclamación de todas las generaciones. Sí, nada más justo que aclamar á la humildad porque ella es un triunfo, el mayor de todos; el triunfo sobre el orgullo, la pasión más arraigada en el corazón del hombre; el triunfo sobre el mundo que se alimenta del humo de la vanidad y el fausto; ¿qué más? el triunfo sobre Lucifer, caído en el abismo por un arranque

<sup>1</sup> Luc. 1, 48.

de soberbia. «La humildad, no siendo natural en el hombre», dice Lacordaire, «es un milagro: ella ha herido y quebrantado, como Moisés, la roca del orgullo, ha hecho del hombre un ser dulce, sencillo, obediente, contento con el último lugar. . . . Para destronar el orgullo y practicar la humildad, como la han practicado todos los santos, ha sido menester una fuerza superior á la naturaleza, una fuerza divina, pues no hay más que dos fuerzas, la naturaleza y Dios.»<sup>1</sup> Y esta admirable virtud no la ha sabido producir ninguna otra escuela sino la de Aquel que dijo á sus discípulos: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.»<sup>2</sup> Ni el paganismo con su famosa filosofía, ni las sectas separadas de la Iglesia católica, ni el moderno racionalismo con sus pretensiones de fundar una moral completa, han podido crear una virtud que exige luces superiores á las de la razón y esfuerzos mayores que los de la voluntad.

7. Pero la humildad no es toda la virtud que enseña nuestra religión: no es sino una parte de la *abnegación* que debe ser total, no sólo de todas las cosas que halagan los apetitos del hombre, sino de sí mismo. Esto es lo más sublime, lo más heroico de la perfección cristiana y ¡cosa notable! á este grado de virtud está llamado todo hombre que sigue á Jesucristo. «El que quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame.»<sup>3</sup> ¡Tan grande es la eficacia de la gracia, y tanta la abundancia con que se prodiga á toda clase de personas! Todos pueden y deben practicar la abnegación porque no hay virtud, ni moralidad siquiera, sin la represión de los malos instintos de la naturaleza, sin la moderación de las pasiones, y en esto consiste esencialmente negarse á sí mismo. Paradojas parecen á primera vista las doctrinas del Salvador. «Tomad mi yugo sobre vosotros, y encontraréis

<sup>1</sup> Lacordaire, Conf. 21.

<sup>2</sup> Matth. 11, 29.

<sup>3</sup> Luc. 9, 23.

el descanso para vuestras almas.»<sup>1</sup> ¿Descanso llevando el yugo en la cerviz y la carga en las espaldas? Sí, carísimos hermanos, por lo que el mismo Jesucristo advierte, porque su yugo es suave y su carga liviana. Y ¿cómo no ha de ser dulce al hombre de razón llevar el yugo del deber, por más que éste exija privaciones y fatigas? No hay satisfacción mayor para el alma no depravada por el vicio, que el cumplimiento del deber sagrado, la tranquilidad de la conciencia recta, la obediencia á los preceptos divinos. Y para el verdadero cristiano, no hay cosa más dulce que seguir á Jesucristo, marchar sobre sus huellas, acompañarle hasta el Calvario. Sí, le acompaña en el camino del sacrificio, en la práctica de las virtudes más arduas para la flaqueza humana. Sirva por toda demostración la hermosa y espinosa virtud de la castidad. Es una rosa entre espinas, bella y fragante, como la reina de las flores, pero rodeada de peligros y combates ya por parte del mundo, ya del demonio, ya, principalmente, de la carne cuyos instintos depravados enfrena y mortifica. El cristianismo ha hecho florecer en el mundo esta virtud que transforma al hombre en ángel de la tierra. Oíd al insigne orador de Nuestra Señora de París, que os lo dirá mejor que yo. «Sólo la doctrina católica, con exclusión de cualquier otra doctrina, produce en el alma el fenómeno completo de la castidad. Y no se crea que la castidad es una virtud mística, propia de los claustros y de los iniciados en la carrera sacerdotal, no, es una virtud moral y social, y necesaria para la vida del género humano. Por falta de ella la vida se debilita en las mismas fuentes, se borra la belleza del semblante, la bondad se destierra del corazón, las familias se agotan y desaparecen, las naciones llegan á perder su fuerza de resistencia y de expansión, el respeto á la jerarquía se extingue con los escándalos, todos los

<sup>1</sup> Matth. 11, 29.